































qué una gran sonrisa. Ella volvió a embestir contra mí, moviendo los brazos de un lado a otro como una loca; rechacé todos los golpes que pude y me la quité de encima de un empujón. Cuando se abalanzó sobre mí por tercera vez, le di un puñetazo de potencia media en el centro del pecho que le pasó más o menos rozando la teta derecha y acabó dándole de lleno en la izquierda y lanzándola hacia la puerta del lavavajillas, que quedaba a sus espaldas y en el que todavía había mucho espacio vacío para meter ollas y sartenes. Sin embargo, sí había unos cuantos cubiertos en la cosa esa donde se ponen los cubiertos, y entre ellos había un cuchillo en el que quedaban unos restos de queso para untar, creo, y que ella cogió mientras se levantaba. Yo me di la vuelta y eché a correr. Acababa de salir fuera cuando oí que el cuchillo se estrellaba contra la parte de atrás de la puerta trasera.

Estuvimos evitándonos durante el resto de la noche y casi todo el día siguiente, hasta que nuestro padre volvió del trabajo puestísimo de Rubifen y comportándose como un imbécil, una situación cuyos detalles no recuerdo y que tampoco importan. Lo que sí importa es que el sufrimiento compartido puede generar una sensación de solidaridad, quizá falsa, indudablemente temporal, así que formamos una piña y nos enfrentamos a él hasta que acabó huyendo, subiendo las escaleras y metiéndose en su cuarto para hacer un sudoku o jugar a alguna gilipollez en su ordenador. Mi hermana y yo nos pasamos las horas siguientes en torno a la mesa de la cocina, echándonos al coleteo todo el alcohol que quedaba en casa, jurándonos lealtad, prometiéndonos que no volvería a pasar, que lo sentíamos, que lo sentíamos. Lo sentíamos muchísimo.